

becilla que el ojo perspicaz de su padre habia descubierto en el lejano horizonte, habia ido engrosando sin que Atahuallpa, empeñado en la lucha fatricida, lo hubiese advertido, y ya entoldaba todo el cielo próxima á descargar una terrible tormenta sobre aquella nacion desventurada.

CAPITULO III.

DESEMBARCO DE LOS ESPAÑOLES EN TUMBEZ.—SALE PIZARRO A RECONOCER LA TIERRA.—FUNDA A SAN MIGUEL.—MARCHA AL INTERIOR.—RECIBE UNA EMBAJADA DEL INCA.—SUCESOS DE LA MARCHA.—LLEGA AL PIE DE LOS ANDES.

1532.

Dejamos á los Españoles en la isla de Puná preparándose á comenzar por Tumbez la invasion del continente vecino. La distancia hasta aquel puerto solo era de algunas leguas, y Pizarro fué allá en los buques con la mayor parte de sus compañeros, quedando otros encargados de trasportar en las balsas de los Indios el equipaje del gefe y los pertrechos militares. La primera de estas embarcaciones que llegó á tierra fué rodeada por los naturales, y tres Españoles que hallaron en ella fueron arrastrados á un bosque cercano y allí asesinados cruelmente. Los Indios cojieron luego otra balsa en que iba el equipaje de Pizarro; pero los que lo custodiaban alzaron la voz pidiendo ayuda, y sus gritos llega-

ron hasta donde estaba Hernando Pizarro, quien con un piquete de caballería habia desembarcado ya un poco mas abajo. Para llegar á donde se hallaban los acometidos tenia que atravesar un ancho estero, que por ser entonces la baja mar no tenia agua, y solo era un pantano blando y peligroso; mas sin pararse en el riesgo, arriñó las espuelas á su caballo el atrevido capitán y se metió en aquel atascadero seguido de sus soldados; y aunque con el lodo hasta las cinchas, consiguieron atravesarle y caer de golpe sobre los enemigos, que asustados de la repentina aparición de los ginetes, huyeron precipitadamente á los bosques sin tratar de oponerles resistencia.

No es fácil de explicar la conducta de estos Indios de Tunbez, si se atiende á las amistosas relaciones que habian entablado con los Españoles en su primera visita, y habian renovado ultimamente en la isla de Puná. Pero el asombro de Pizarro subió de punto al entrar en el pueblo y encontrarle no solo abandonado, sino casi todo reducido á escombros. Cuatro ó cinco casas particulares de las mas sólidas, el templo mayor, y la fortaleza, y eso medio deribado y desnudo de toda especie de adornos; he aquí cuanto restaba para poder reconocer el sitio que ocupó la ciudad, y dar testimonio de su pasado esplendor.¹

¹ Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 185.

Tan triste espectáculo llenó de desaliento á los conquistadores, porque hasta los reclutas bisoños que nunca pisaron antes aquella tierra, habian oido contar maravillas de los tesoros de Tunbez, y venian muy confiados en desquitarse con ellos de las pasadas fatigas. Pero el oro del Perú era semejante á una sombra engañosa, que despues de arrastrarles tras sí por entre peligros y trabajos inauditos, se desvanecia en el momento que trataban de echarle mano.

Despachó Pizarro una corta partida de tropas al alcance de los fugitivos, la que despues de unas ligeras escaramuzas hizo prisioneros algunos Indios, y quiso la suerte que entre ellos cayese el *curaca* del lugar. Llevado á presencia del gefe español negó haber tenido parte alguna en el recibimiento hostil que habian hecho á los blancos, añadiendo que todo era obra de algunos pícaros sin su noticia ni consentimiento, y añadía que estaba pronto á entregarlos para que fuesen castigados, si se conseguia descubrirlos. Atribuía el estado de ruina en que se encontraba la ciudad á las continuas guerras con las belicosas tribus de Puná, que al fin habian conseguido apoderarse de la ciudad arrojando

“Aunque lo del templo del Sol en quien ellos adoran era cosa de ver, porque tenia grandes edificios, y todo él por de dentro y de fuera pintado de grandes pinturas y ricos matizes de colores, porque los hay en aquella tierra.” Relacion del Primer Descub., MS.

sus habitantes á los montes y selvas vecinas, porque el Inca cuya causa defendian, estaba demasiado empeñado en sus propias contiendas para que pudiese defenderlos de sus enemigos.

No es muy seguro que Pizarro diese entero crédito á las excusas del cacique; pero supo disimular sus sospechas y como el Indio ofrecia dar la obediencia por sí y por todos sus vasallos, el general español se conformó de muy buena gana con echarle tierra al asunto. Parece que en esta ocasion conoció por primera vez toda la importancia de ganarse el afecto de aquella gente, cuyo pais se habia atrevido á invadir, sin parar la consideracion en los obstáculos casi insuperables, que debia vencer. Acaso á los excesos de su gente en los primeros pasos de la espedicion, se debia el haber perdido la confianza de los Tumbecinos y el que estos hubiesen tratado de vengar sus ultrajes con aquella perfidia.

Asegurados los Indios con repetidas promesas de perdon fueron regresando poco á poco al campo, y Pizarro trató de informarse del paradero de los Españoles que habia dejado aquí en su primer viage; pero no obtuvo ninguna respuesta clara y satisfactoria. Quiénes decian que habian enfermado y muerto; quiénes que habian perecido en las guerras con los de Puná, y no faltaban otros que afirmasen que habian pagado con la vida las libertades que se habian

tomado con las mugeres del pais. Aunque era imposible averiguar la verdad, esta última suposicion no era acaso la menos fundada; pero cualquiera que fuese la causa y el modo, lo cierto era que ambos habian perecido.

Tan funestas noticias acabaron de llenar de tristeza á los Españoles, sin que fueran parte á disiparla las deslumbradoras pinturas que los Indios hacian de las riquezas de la tierra, y del boato y manificencia del monarca cuya corte quedaba allá lejos entre las montañas. Tampoco quisieron dar crédito á un pedazo de papel que un Indio habia dado á Pizarro, diciendo haberlo recibido de uno de los Españoles que se quedaron en la tierra, y en el cual se leian estas palabras: "los que á esta tierra viniéredes, sabed, que hay mas oro y plata en ella que hierro en Vizcaya." Cuando los soldados vieron este papel no hicieron mas que burlarse de aquella invencion de su comandante, que así trataba de mantener despiertas sus esperanzas y cebarles en la empresa. ²

No tardó Pizarro en conocer que no le convenia prolongar su mansion en aquel lugar, porque el descontento podia ir ganando terreno en sus

² Para lo relativo á los sucesos de Tumbes, véanse Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. —Oviedo, Hist. de las Indias, MS.; Parte 3; lib. 8; cap. 1.—Relacion del Primer. Descub., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 4, lib. 9, cap. 1, 2.—Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III, p. 185.

filas, sino distraia el ánimo de su gente con nuevas empresas que la mantuviesen en continua actividad. Mas antes deseaba con ansia obtener noticias mas circunstanciadas que las que hasta allí habia recibido del estado que guardaba entonces el imperio peruano, de su fuerza, de sus recursos, del monarca que le gobernaba, y del lugar en que se encontraba este en aquel momento. Quería tambien, antes de decidirse á penetrar en el territorio enemigo, elegir algun lugar propio para fundar un pueblo que sirviese para facilitar la comunicacion con las colonias, y de lugar de refugio á donde acogerse en caso de un descalabro.

Resolvió, pues, dejar en Tumbes una parte de su gente y los soldados enfermos que no podían salir á campaña, y con el resto hacer una entrada para explotar la tierra antes de adoptar ningun plan de operaciones. Partió á principios de Mayo de 1532, y emprendiendo por sí mismo el reconocimiento de los llanos, despachó á Hernando de Soto con un corto destacamento á hacer otro tanto por las sierras.

Durante la marcha cuidó de que se observase la mas estricta disciplina, prohibiendo á sus soldados toda suerte de violencia, y castigando á los desobedientes del modo mas pronto y eficaz.³ Los Indios rara vez oponian resistencia,

3 "Mandó el gobernador por pregon é so graves penas que no

y cuando lo hacian costaba poco trabajo reducirles, porque Pizarro se aplacaba á las primeras muestras de sumision y no pensaba en vengarse. Con esta política suave y liberal, recobró en breve su buen nombre entre los habitantes del país, y consiguó borrar la impresion poco favorable que habia producido su conducta en los principios de la campaña. Cuando marchaba por entre la multitud de pueblos que habia en los llanos entre las cordilleras y el mar, los vecinos salian á recibirle con agasajo y le ofrecian una sencilla hospitalidad, procurándole buenos alojamientos para sus tropas, y provisiones abundantes, que tan poco cuestan en el productivo suelo de la *tierra caliente*. En todas partes daba á entender Pizarro que venia en nombre del Vicario de Cristo en la tierra y del monarca de España, y exigia á los habitantes que les prestasen obediencia, como verdaderos hijos de la Iglesia y vasallos de su rey y señor. Y como aquella gente rústica no hacia oposicion á una fórmula de que no entendia una sola sílaba, les admitian como fieles vasallos de la corona de Castilla, y sus señales de homenaje, ó aquello que los Conquistadores interpretaban por tales, las asentaba y atestiguaba en toda forma el notario.*

le fuese hecha fuerza ni descor- Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 2.

buen tratamiento por los Espa- 4 "E mandabales notificar ó ñoles é sus criados." Oviedo, dar á entender con las lenguas el

Después de gastar tres ó cuatro semanas en el reconocimiento, vino á convenir Pizarro en que el sitio mas apropósito para su nueva colonia era á treinta leguas al Sur de Tumbes en el hermoso valle de Tangarala, cruzado por varios rios que habrian comunicacion con el océano. Mandó, pues, que viniesen allí en los buques todos los que se habian quedado en Tumbes, y tan luego como llegaron se emprendió con todo ardor la formacion de la ciudad, del modo que pareció mas conveniente á las necesidades de la colonia. Los bosques vecinos dieron madera en abundancia y de las canteras que habia en ellos sacaron la piedra que necesitaron. Los edificios se iban levantando poco á poco, y algunos de ellos se distinguian por su solidez, ya que no por su elegancia. Fueron los primeros la Iglesia, la alhóndiga, el juzgado y una fortaleza. Se organizó en seguida el cuerpo municipal compuesto de alcaldes, regidores y los demas empleados de costumbre. Repartióse el territorio adyacente entre los vecinos, y se dió á cada uno

requerimiento que su Magestad manda que se les haga á los Indios para traerlos en conocimiento de nuestra Santa fe católica, y requiriéndoles con la paz, é que obedezcan á la Iglesia e Apostolica de Roma, é en lo temporal den la obediencia á su Magestad é á los Reyes sus sucesores en

los regnos de Castilla i de Leon; respondieron que así lo querian é harian, guardarian é cumplirian enteramente; e el Gobernador los recibió por tales vasallos de sus Magestades por auto público de notarios." Ibid., MS., ubi supra.

cierto número de Indios para que le ayudasen en el trabajo; porque como dice el secretario de Pizarro, "asiendo indudable que los vecinos no podian sostenerse sin los servicios de los naturales, los religiosos y los oficiales de la expedicion convinieron en que el repartimiento de los Indios seria de mucho servicio para la propagacion de la fe y muy provechoso para sus almas, porque asi se les instruia mas facilmente en la verdadera religion." ⁵

Tomadas estas disposiciones, en que se atendia con tanta escrupulosidad al bien espiritual de aquellos ciegos gentiles, dió Pizarro á su nascente poblacion el nombre de San Miguel, en agradecimiento de los servicios que le habia prestado el santo en sus batallas contra los de Puná. Con el tiempo se echó de ver que el sitio en que se fundó la ciudad era muy malsano, y asi fué trasladada á las orillas del hermoso rio de Piura. La ciudad tiene todavia alguna fama por sus fábricas aunque ha perdido muchos de

⁵ Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Conq. i Pob. del Piru, MS.—Cieza de Leon, Crónica, cap. 55.—Relacion del Primer. Descub., MS.

"Porque los vecinos sin ayuda, i servicios de los Naturales no se pedian sostener, ni poblarse el Pueblo. . . . A esta causa, con acuerdo de el Religioso, y de los Oficiales, que les pareció convie-

nir así al servicio de Dios, i bien de los Naturales, el Gobernador depositó los Caciques, i Indios en los Vecinos de este Pueblo, porque los ayudasen a sostener, i los Christianos los doctrinassen en nuestra Santa Fé, conforme á los Mandamientos de su Magestad." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 187.

su antigua importancia; pero el nombre de San Miguel, que conserva hasta el día, recuerda la fundación de la primera colonia europea en el imperio de los Incas.

Antes de salir de la nueva población, hizo Pizarro que todos los adornos de oro y plata que hasta allí se habían cojido, se fundiesen para sacar el quinto de la corona. El resto pertenecía á las tropas; pero consiguió de ellas que lo cediesen por aquella vez, asegurándoles que les pagaría de los primeros despojos que hubiese,⁶ y con estos caudales y otras varias cosas que había cogido en la campaña, despachó los buques á Panamá. El haber conseguido que sus soldados renunciasen un presente seguro por un porvenir dudoso, es una prueba de que la antigua inclinación á las aventuras había vuelto á renacer en ellos con nuevo vigor, y de que tenían como antes, una ciega confianza de que el éxito correspondería á sus esfuerzos.

En el pasado reconocimiento había recojido el gefe español muchas noticias importantes sobre el verdadero estado del imperio. Había averiguado el desenlace de la contienda entre los dos hermanos Incas, y sabido que el vencedor estaba acampado con su ejército tan solo á diez

⁶ "E sacado el quinto para su Magestad, lo restante que perteneció al Ejército de la Conquista, el Gobernador le tomó prestado de los compañeros para se lo pagar del primer oro que se obiese." Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, c. 2.

ó doce jornadas de San Miguel. Las relaciones que le llegaban de la opulencia y poder de aquel monarca, y de su magnífica capital del Sur, correspondían perfectamente á los rumores sueltos que antes habían llegado á sus oídos, y eran por consiguiente muy propias para despertar la codicia de los aventureros; pero también para rebajar un poco su confianza.

En aquella situación le hubiera venido perfectamente á Pizarro cualquier refuerzo por insignificante que fuese, y para dar lugar á que llegase retardó su partida algunas semanas. Pero los refuerzos no llegaban, y como tampoco recibía noticia ninguna de sus asociados, pensó y con justicia, que sería más peligrosa la dilación que la marcha, porque aquella inacción fomentaría el descontento, y el brio y fuerza del soldado no podrían resistir á la influencia del clima. Por otro lado no contaba en sus filas arriba de doscientos hombres, después de dejar cincuenta para seguridad de la nueva colonia, y era á la verdad una fuerza bien reducida para atreverse á emprender con ella la conquista de un imperio. No había duda de que en vez de encaminarse directamente á donde se hallaba el Inca, podía inclinarse hácia el Sur y marchar en derechura sobre su opulenta capital; pero con esto, solo conseguiría retardar un poco el desenlace, porque á que punto del imperio podría dirigirse que no

le alcanzase el brazo poderoso del monarca? Además, adoptando este partido dejaba traslucir la desconfianza en sus propias fuerzas, y rebajaba el alto concepto de invencible, que hasta allí había tratado de ganarse entre los habitantes, y que había sido el secreto de todo su poder, haciendo mas impresion en los espíritus que la multitud de combatientes y la fuerza física por sí sola. Y el peor resultado de semejante determinacion, seria disminuir la confianza de las tropas en sí mismas y en su caudillo, lo que seria la muerte de la empresa. Por lo mismo aquel partido debía ser desechado, para no pensar mas en él.

Pero si bien Pizarro se decidió á marchar al interior, no es muy seguro que ya llevase meditado lo que debía hacer despues. Con el largo tiempo que ha trascurrido desde estos sucesos, ya no tenemos otra regla que sus hechos para poder juzgar de sus designios. Por desgracia no sabía escribir, y no ha dejado apuntes, como los preciosos Comentarios de Cortés, que nos expliquen los motivos de sus acciones. Su secretario y algunos de sus compañeros de armas, refieren estas menudamente; pero no eran las mas veces tan capaces de comprender é indicar el móvil de ella como pudiera haberlo hecho el conquistador mismo.

Pudo ser que el gefe español revolviese en

su mente, quizá desde que estuvo en San Miguel, la idea de dar un paso atrevido, un golpe de mano, que semejante al de Cortés cuando se llevó á sus cuarteles el monarca azteca, infundiese terror en los ánimos del pueblo y decidiese de una vez la suerte de la jornada. Pero es mas probable que solo pensaba por entonces en presentarse ante el Inca como representante pacífico de otro monarca, y por medio de estas demostraciones de amistad, aplacar su cólera y aun disipar sus sospechas. Una vez entabladas las relaciones con el príncipe, los sucesos posteriores irian indicando el camino que deberian seguirse.

Por fin, el 24 de Setiembre de 1532, á los cinco meses de su desembarco en Tumbes, salió Pizarro de San Miguel al frente de su pequeño escuadron de aventureros, dejando muy encargado á los vecinos que tratasen con humanidad á los Indios que tenian encomendados, y que se manejasen de modo que ganasen la voluntad de los habitantes de los alrededores, pues se interesaba en ello su propia conservacion, la seguridad del ejército, y el buen resultado de la expedicion. En la ciudad quedaron el tesorero, el veedor y otros oficiales reales, y el mando de la guarnicion se dió al contador Antonio Navarro.⁷ Tomadas estas disposiciones se puso el

⁷ Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 187.—Pedro

atrevido capitán á la cabeza de sus tropas, y comenzó á internarse, encaminándose hácia el lugar en donde, segun informes, tenia sus reales el Inca. ¡Atrevido era en verdad el penetrar de ese modo con un puñado de hombres hasta el corazón de un poderoso imperio, para presentarse cara á cara ante el monarca indio en su propio campo y rodeado de la flor de sus ejércitos victoriosos! Ya Pizarro habia experimentado por sí mismo, y mas de una vez, la dificultad de resistir á las tribus bárbaras del norte, tan inferiores en fortaleza y en número á las aguerridas legiones del Perú; pero como ya otras veces he dicho, mientras mas se arriesgaba en el juego, mayor atractivo tenia para los Españoles. Los triunfos que alcanzaron otros compatriotas suyos en acciones semejantes, y con medios al parecer tan desproporcionados, les inspiraban una confianza ilimitada en su buena estrella; y esta confianza tenia no poca parte en el éxito. Si hubiesen vacilado un momento, si se hubiesen detenido á calcular las probabilidades, habrían sucumbido sin remedio, porque la sana razón era incapaz de hacer frente á aquellas dificultades que solo podia dar por vencidas el espíritu de un caballero andante.

Después de cruzar las mansas aguas del Piura siguió avanzando el pequeño escuadrón por una

Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Oviedo. Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 10.

tierra llana cortada á cada paso por los riachuelos que bajaban de las montañas vecinas. Todo el país estaba cubierto de bosques de árboles gigantescos é interrumpidos de cuando en cuando por hileras de colinas estériles, que parecían ramales de los Andes y formaban entre sí pequeños valles aislados de singular belleza. El suelo, aunque refrescado rara vez por las aguas del cielo, era naturalmente fértil, y se vestía de rica verdura donde quiera que habia alguna humedad, como en las márgenes de los ríos. La industria de los habitantes habia sabido sacar de aquellas aguas todo el partido posible, y por donde quiera cruzaban acequias y canales, formando una inmensa red que cubria los llanos y todo lo fertilizaba y embellecía. Los suaves perfumes de las flores embalsamaban el aire, y por cualquier lado se recreaba la vista en deliciosos vergeles cargados de frutos desconocidos, y campos cubiertos de las infinitas especies de plantas que crecen en el ardiente clima del ecuador, y de maduras mieses que agitaba el mas ligero soplo del viento. Los Españoles se encontraban en un país donde la agricultura habia hecho mayores progresos que en ninguno de los deseubiertos hasta entonces en la América, y cuando iban caminando por este nuevo paraíso, su condición presente formaba un agradable contraste con lo que antes habian padecido en los horribles desiertos de los manglares.

Agréguese á esto que por todas partes les daban franca hospitalidad aquellas sencillas gentes, lo que sin duda era debido en su mayor parte á la moderacion con que se conducian los Españoles. Estos parecian persuadidos de que solo ganando la voluntad de los habitantes podian salir con bien de un empeño en que tan sin reflexion lo habian arriesgado todo. En las mas de las aldeas, y en todos los lugares de alguna consideracion, se veia una fortaleza ó *Tambo* destinado para alojar al Inca en sus caminatas, en cuyas espaciosas estancias se acomodaban desahogadamente los Españoles, quienes se fueron alojando de este modo por todo el camino á costa del mismo gobierno que se preparaban á derribar.⁸

Al quinto dia de la salida de San Miguel, hizo alto Pizarro en uno de estos deliciosos valles, para dar algun descanso á sus tropas y revistarlas con mas detenimiento. No pasaban por junto de ciento setenta y siete hombres, de los que sesenta y siete iban á caballo. Solo contaba con tres arcabuceros en todo su escuadron, y unos cuantos ballesteros, que entre todos no eran mas de veinte.⁹ La tropa estaba en buen estado y bastante bien equipada; pero el ojo perspicaz de

⁸ Oviedo, Hist. de las Indias, Relacion del Primer Descub., MS., Parte 3, lib. 8, cap. 4.— MS.
⁹ En el número de gente que llevaba Pizarro, no discrepan los

su gefe advirtió con inquietud, que apesar de lo empeñados que parecian todos en el asunto, habia algunos en cuyo rostro se retrataba el descontento, y que si bien no se atrevian á manifestarlo abiertamente, estaban muy distantes de marchar con el entusiasmo de costumbre. Conocia que si este mal llegaba á declararse contagioso, daria en tierra con su empresa, y le pareció mejor extirpar de una vez la gangrena á cualquier costa, antes que llegase á inficionar todo el cuerpo, y por lo mismo adoptó un partido desesperado.

Convocó á todos sus soldados y les dijo, que las cosas se acercaban á una crisis en que iban á necesitar de todo su valor, y por lo tanto que no queria ver marchar en la espedicion á ninguno que no fuese con toda su voluntad y que dudase un punto del buen éxito; que si alguno se arrepentia de haber tomado parte en ella, todavia no era tarde para que pudiera volverse; que la guarnicion de San Miguel era muy corta, y que celebraria verla reforzada. Los que desearan regresar á aquel lugar, podian, pues, hacerlo, y él les ofrecia darles tierras é Indios, lo

autores tanto como acostumbran. Perú, ap. Barcia; tom. III. p. 187.) á quien tambien siguieron Oviedo, (Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 1, cap. 3.) y el crítico Herrera (Hist. General; dec. 5, lib. 1, cap. 2.)